

ESTE ARTICULO SOBRE LA FERIA DE SEVILLA, FUE EL QUE ESCRIBIÓ EL ECIJANO BENITO MAS Y PRAT EN ABRIL DE 1886 Y QUE APARECIO PUBLICADO EN LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA DEL DIA 22 DE ABRIL DE DICHO AÑO.

Abril 2019

Ramón Freire Gálvez.

1

Varios fueron los artículos que, sobre la feria de Sevilla, dejó para la posteridad el ecijano Mas y Prat. De su lectura pausada y detallada, observamos cual bien conocedor era, al igual que de otras tradiciones sevillanas, de la famosa feria de abril hispalense, aunque este año de 2019 se celebre dentro del mes de Mayo, de ello la oportunidad de darlo a conocer en antes de que llegue dicho mes.

Es interesante, como cada año, cuando escribía sobre dicha feria, lo hacía de diferente manera y nunca se repite. Este que ahora le traslado, como al principio hago constar, se trata de lo escrito por Mas y Prat en Abril de 1886 y que, textualmente, decía así:

“DE FERIA. (Sevilla 1886)

Al amanecer. De feria. ¡A los toros! Las Casillas. Buñuelos. Caballitos y muñecos.

AL AMANECER

Al amanecer comienzan los feriantes a tomar por asalto el extenso prado de San Sebastián. No hay espectáculo más curioso que el de verlos llegar al emplazamiento de la ganadería, situado al extremo opuesto de las casillas, hacia el famoso barrio de San Bernardo.



Cuando el sol toca al lábaro de bronce del angelote de la Giralda y va dejando sus gasas de oro sobre las azoteas de la ciudad, jinetes, carromateros y peatones se esparcen por aquella parte del Prado, levantando ese sordo alboroto del que son notas dominantes el tintín de la esquila, el runrún del cencerro, el rebuzno del asno, el mugido del buey y el balido de la oveja; no parece sino que un campamento galo o germano, con su cortejo de chiquillos, mujeres y animales domésticos, se acerca a la antigua Híspalis y se posesiona de sus alrededores.

La luz del día esclarece poco a poco la confusa masa de los recién llegados, y se acentúan y separan los contornos borrosos con el primer rayo de sol. Entonces aparecen el cambalachero, montado en su rucio matalón y llevando del diestro tres o cuatro borriquillos; el esquilador de tez morena y revuelta patilla, al que sirven de distintivo las enormes *cachas* atravesadas en la faja; el corredor de cuatropeas, relacionado con los ganaderos y marchantes y presto a todo género de encargos dificultosos; el airoso picador sevillano, que monta en estos días soberbios corceles *para dar el vistazo*, y los negociantes y labradores de los pueblos próximos, con sus trajes pintorescos y variados, acampando acá y allá y con esperanzas de pronta feria.

El ganadero puede pasar revista sin gran trabajo a la riqueza pecuaria de la Bética y a las renombradas castas andaluzas. Los potros, yeguas y caballos domados del Saltillo, Vázquez, Ibarra, Miura, Concha y Sierra, Arribas y Benjumea, de Sevilla; Cuadra, Solís y Ríos, de Utrera; Corbacho y Romero, de Montellano: Candan, de Coronil; Moruve, de los Palacios; Delgado y Surga, de las Cabezas; Halcón, de Lebrija; Romero, Guerrero y Primo de Rivera, de Jerez de la Frontera; Hidalgo, de Medina Sidonia, y Castrillón, de Vejer, figuran en primera línea como representantes de la raza caballar española; en el ganado vacuno de labor brillan las marcas propias del Vizconde de Dos-Fuentes y Cobos, de Peñafior; Saltillo, Miura, Moruve, Concha y Sierra, Núñez de Prado, Ibarra y Lafite, representan la tradición de las ganaderías bravas que llenan los carteles tauromáquicos de nuestro tiempo; en el ganado lanar y de cerda, Pablo Romero, Benjumea y Vázquez, de Sevilla, dan un notable y valioso contingente.

A estas primeras marcas hay que unir tanto las secundarias de la provincia como las cabezas que presentan los ganaderos de otros puntos, y en especial *las crías y recrias* de ganado mular de los murcianos y manchegos. Los que conozcan este género de negocios comprenderán a la simple vista la gran importancia de las compras que pueden verificarse en la feria de Sevilla.

La animación que desde las primeras horas se nota en el mercado es inmensa. El gitano y el marchante de ocasión recorren el círculo y *tantean el vado*; hay que verlos cómo observan los animales de cabeza a rabo, y cómo penetran bajo la piel con escrutadora mirada.

Cuando logran hallar una perla en el fango, un tesoro escondido, una alhaja con cuero, en poder de un *pastiris*, de un labriego que no ve más allá de sus narices, se acercan al vendedor cautelosamente, tratan de sacarle con engaños y rodeos cuál es su intento al hacer la feria, y hasta qué punto querrá aprovecharse del animal á que hacen la ronda, y cuando han visto *por donde el hombre jiere*, buscan un comprador a quien ofrecer la ganga, diciéndole:

¿Quiusté compra la mesmísima mula que sirvió a la Sacra Familia?

Y en el caso de que el comprador conteste afirmativamente, aprovechan el tiempo invertido en el camino enumerando las cualidades relevantes de la bestia y añadiendo:

¡No hay más que decir sino que, en comprando ese bicho, vausté á tené en su cuadra lo que no tiene en su serrallo er mesmo Tamborilán de Persia!

DE FERIA.

4

Avanza el día, y dos de las grandes avenidas del Prado, la calle de Santa alaria la Blanca y la de San Fernando, se cubren de paseantes, vendedores y cambalacheros. Al poco tiempo se llena de corceles y vehículos el paseo central, y se trasmite el movimiento y la animación a todas partes.

Estamos en plena mañana de Abril y rodeados de hermosas y flores, bajo un cielo diáfano y risueño; esta es Sevilla, tal como el turista la ha soñado, tal como se la representaron las narraciones de los que aun suspiran por ella, tal como debe ser la patria de Aldonza Coronel v María de Padilla.

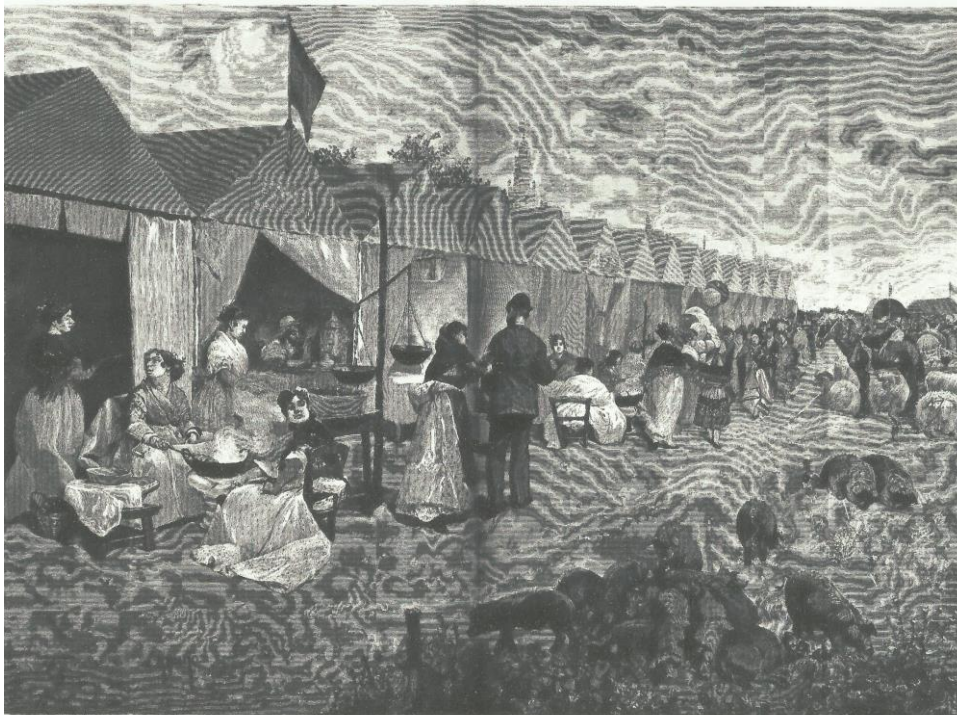
El forastero que ha visto al paso los cierros y las cancelas, que ha aspirado el perfume de los jardines de San Telmo y de las Delicias, que ha contemplado las risueñas lontananzas del puente de Triana, se halla en favorable estado de ánimo para entusiasmarse con las originales perspectivas de la feria.

Pronto advierte que las obras, más o menos ilustradas, que ha podido haber á las manos le han engañado lastimosamente en lo que a Andalucía toca; la flamenca de buen tono no se parece a la flamenca que puede llamar clásica, más que en el sexo y en la gracia. La primera monta a la inglesa en un magnifico corcel de media sangre, erguida a *la dernière*, como si hubiese paseado siempre por el Bosque de Bolonia; la segunda va a las ancas del de su flamenco, que oprime los lomos de un alazán andaluz de pura raza; la una lleva larga falda de seda y ajustada chaquetilla; la otra oprime el talle con un pañolón bordado de mil colores, y ostenta los boleros o faralaes, que tan bien saben pintar Villegas y García Ramos.

Si hubiera de decidirse cuál de las dos es más ágil, más bella, más alegre, más sevillana, el problema sería difícil y peligroso; otro París se quedaría perplejo al adjudicarles la manzana. Lo dicho; es imposible escoger entre un sombrerillo redondo que se inclina graciosamente sobre una oreja menuda como hoja de rosa, y una mata de pelo negro y abundante, en la que se pierden un manojo de flores del tiempo y una peineta de concha.

5

Entre el majo a la antigua y el de nuestro tiempo también resaltan a la simple vista las diferencias. Suele llevar el primero sombrero calañés, botines respunteados y ancha faja de seda, mientras el segundo viste pantalón largo, bota de charol y sombrero gacho. El uno monta en silla o en galápago, mientras que el otro se sirve de aparejo redondo o silla vaquera: prefiere aquel lucir sus gentilezas en el paseo de carruajes, donde alterna con el verdadero *sportsmen* y hace la corte a las hermosas del gran mundo, mientras que éste vaga por el interior del mercado, se detiene a la puerta de las buñolerías y tabernas, inquiere el precio de los bichos y bebe a la salud de las *barbianas* que encuentra al paso.



SEVILLA.—IMPRESIONES DE LA FERIA: LAS BUÑOLERÍAS.—(DIBUJO DEL AUTOR, POR D. J. ANASTO.)

Unos y otros dan tono a ese maremágnum que hemos convenido en llamar Feria, y en el que lo mismo figuran la bolera del teatro al aire libre, el vendedor de dátiles, la atildada *miss* y el

ricacho de pueblo, que las aristocráticas damas que se agrupan en las casillas o se reclinan indolentemente en los blasonados almohadones de sus carretelas, tiradas por soberbios troncos. Oleaje multicolor y multiforme que rebasa el Prado, tal conjunto lleva en sí los más encontrados efectos de luz y los perfiles más caprichosos.

Una canastillera, que oprime en sus atezados brazos un par de chicuelos que parecen fundidos en bronce, pasea por aquel lugar en que se exhiben tantas galas, mostrando las carnes por los desgarrones de su refajo de bayeta colorada, y sonriendo maliciosamente cada vez que su pañolillo astroso o sus cestas de mimbres tocan el rico traje de alguna de las damas *de campanillas* que se deslizan a su lado.

¿Por qué se ríe usted, seña Trinidad? — pregúntale una vendedora de garbanzos tostados, que tiene el puesto cerca de donde pasea la gitana.

¡Pus, marecita mía, contesta la interpelada, balanceándose para mecer a sus *churumbeles*, y enseñando por los descosidos ambas rótulas, me río pa jacerle el dúo a mis trapitos de cristianar, que hace veinte años que no cierran las bocas!

¡A LOS TOROS!

¡Hola!; eh... ¡á los toros!

Esta es la voz de los aurigas y automedontes de la plaza de San Francisco; y hay que ir a los toros, valgan lo que valgan y pese a quien pese. Venir a Sevilla y dejar de ver las corridas de Feria, es lo mismo que llegar a Roma y no subir al Capitolio.

Al acercarse la hora, los alrededores del circo taurino, construido en la margen izquierda del Guadalquivir y en el barrio inmortalizado por Cervantes, se ven asaltados por los amigos del arte de Pepe Hillo, que pueden proveerse al paso de bocas frescas de la Isla, manzanilla embotellada y calañas á perro chico.

Pronto las anchas graderías que se levantaron allá por el año de gracia de 1760 se llenan de espectadores y presentan ese

aspecto de cajón de sastre que distingue a los hacinamientos de las muchedumbres. El redondel, que está considerado como el mayor de España, recibe el bautismo de agua antes de recibir el de sangre; se agitan los pañuelos y los abanicos; los bramidos de la fiera humana hacen presentir los de la otra fiera; toma asiento el Presidente, caracolea el caballo del alguacil, se arroja la llave, suena la música, sale la cuadrilla...



Este espacio puede llenarse con el estado de la corrida que se publicará algunas horas más tarde; pero en él no se encontrará el lector más que el eterno relato taurino más o menos descarnado. Las

exclamaciones del tendido de sol, los picantes diálogos de las barandillas, las disertaciones y contiendas de este o de aquel sanedrín de maestros, son notas perdidas para el aficionado o el revistero, pero constituyen para el observador curioso el mayor encanto de las fiestas taurinas.

En los cajones, en los tendidos, en los palcos y en los centros se discute y pone en tela de juicio desde el pelo del toro hasta la más pequeña colada; se silba o se aplaude el puyazo más leve o el capotazo más insignificante; se aplica al diestro el bistorí en el corazón y en las pantorrillas; hay quien mata los toros con los ojos, quien apunta a gritos la suerte, quien cree de buena fe que si él se hallara en la arena no habría en cien leguas a la redonda Miuras ni Saltillos que pudieran resistir el trasteo de su muleta ni la potencia de su brazo.

Resultado de estos pujos de entusiasmo tauromáquico son las inspiraciones del momento que tienen que sufrir con paciencia cristiana alcaldes y alguaciles, espadas, peones y caballos.

- ¡Señor Presidente, las cuatro y media!
- ¡Ahí tienes la llave de Roma y... toma!
- ¡Salió rubio!
- ¡Anda, tumbón!
- ¡Ar toro, que es una mona!
- ¡No lo entiende usted!
- ¡Si no picas una babosa!
- ¡Valientes zarcillos!

- ¡So maula!
- ¡Empápalo más!
- ¡No lo meches, hombre, que hay que echarlo a la olla!

A estas frases, que van señalando las distintas suertes que se hacen con el toro, y que son como la comidilla cotidiana de entusiastas y aficionados, hay que añadir las ocurrencias extraordinarias que revelan la gracia y el ingenio de los partidarios o enemigos jurados de aquel maestro.

En cierta ocasión, el célebre Cuchares luchaba en la plaza de Sevilla con un Miura que, según la propensión de los de su casta, se le había *entablerao*, y le hacía pasar las penas negras, como suele decirse.

El circo estaba silencioso, porque el bicho era de cuidado y el diestro sudaba la gota gorda, cuando una voz sonora y vibrante salió de la masa viva del tendido de sombra, dejando escuchar a todos distintamente estas palabras:

¡Zeñón Curro, qué tiempos aquellos!

Cuchares levantó los ojos con curiosidad suma, pero solicitado por un movimiento del toro, volvió de nuevo a la faena, mientras resonaba por segunda y tercera vez el estentóreo grito:

— ¡Qué tiempos aquellos, zeñón Curro!

Incomodado el diestro por tan repetida pregunta, echóse con rabia la montera hacia atrás, y volviéndose hacia la parte en que la voz sonaba, dijo entre provocativo y confuso:

— ¡Vamos a ver, hombre! ¿Qué tiempos eran esos?...

A lo que contestó el de las voces con sorna truhanesca y reposado acento:

— ¡Toma, toma! ¿Qué tiempos han de ser, zeñón Curro?... ¡aquellos en que empezó usted á mata ese toro!

LAS CASILLAS.

A la caída de la tarde se sale de la Plaza de Toros para encaminarse a la Feria.

El paseo central está lleno de carruajes, y los carruajes de hermosas; poco después, las farolas y las estrellas de gas se encienden; los vehículos desaparecen uno a uno, y el movimiento y la animación se reconcentran en esos primorosos nidos de lona y tablas que se llaman casillas y que se escalonan bajo los árboles como las tiendas de un ejército de valkirias y de gnomos.

En Rusia hay ferias de mujeres; no diré yo que las casillas sean verdaderas exposiciones de ejemplares del bello sexo; pero sí puedo asegurar que el que quiera ver y admirar las gracias de las niñas sevillanas, tiene que pascar por delante de esas floridas jaulas, en las cuales cantan como canarios y se revuelven como alondras.

Una sencilla techumbre de tijera, de la que penden lámparas y cestillos de hiedra, cubre aquellos aposentos levantados como por encanto, en los que no falta el velador elegante ni el empenachado espejo. Entre aquellas cuatro telas



suelen verse en apretado haz los tipos más heterogéneos y curiosos. Ora se mece indolentemente en un ángulo una maja de redondo seno y pie diminuto, con cuyas randas y caireles juega un lebrellito travieso; ora se agrupan a la puerta cuatro o seis jóvenes alegres y decidoras, que se burlan de cuantos transitan por aquella parte y dejan embobado al extranjero que sorprende al paso sus matas de pelo negro y sus ojos rasgados y centelleantes; ya se forma en este lado una verdadera *soirie* familiar, en que se toca, se baila y se canta por riguroso turno; ya se ve en una casilla próxima a varios jóvenes de ambos sexos, que ríen y charlan como cotorras, mientras que los papás dormitan en las butacas agradablemente; ya resuenan, en fin, a lo lejos las bandas militares, que marcan los compases de un rigodón o de unos lanceros, bailados con todas las reglas de la etiqueta en las casillas de los círculos de recreo.

La *foule* pasa entretanto por delante de las casillas, sin sospechar los misterios que encierran ni los castillos de naipes que

se forman bajo sus toldos. Los ruidos más diversos y antagónicos flotan en aquella atmósfera, perfumada por la esencia de azahar, el agua de lavanda y los búcaros de rosas del tiempo. Ya son los cohetes, que truenan y se deshacen en lágrimas de colores; ya el tambor de los teatros mecánicos, que golpea alguna siifide medio desnuda; ya la gaita de los caballitos de madera; ya el maternal rumor de los nuevos pianos de manubrio, que ruedan en sus carromatos por la avenida de árboles, presagiando el tiempo en que el genio de la armonía tendrá por naturales auxiliares cureñas y trenes de batir.

La guitarra trina entretanto, y de cada cual de aquellos nidos brota un cantar entusiasta como un ¡hurra!, suave como un beso o tierno como un reproche de amor; es la musa popular, que quema sus alas en los mecheros del gas o voltea en torno a las elegantes arandelas.

Canta una voz: Si tomaras mis consejos, No llorarás como lloras; Has hecho lo que has querío; ¡A quién te quejas ahora!

A lo que suele responder en la casilla de al lado algún émulo de Massini o de Gayarre:

La donna è mobile / qual piuma al vento / muta d'accento / e di pensiero.

¡BUÑUELOS!

Fondo, el cielo y la silueta de la catedral de Sevilla; segundos términos, los árboles y las lontananzas del Prado; figuras principales del cuadro, los transeúntes y las buñoleras.

El origen de los buñuelos se remonta, según me dijo un flamenco egiptólogo, a la época de Rhanses II; no dicen los papiros de Menfis si los comió Cleopatra aderezados con perlas, pero si es sabido que en la feria de Sevilla, hembras tan hermosas como la amada de Antonio los devoran por libras, con azúcar y chocolate.

Las buñolerías son el punto más concurrido después de las casillas, y el que quiere oír *timos de gracia* a trueque de soportar el

punzante olor del aceite hirviendo, debe dar un paseo por las barracas de las gitanas y por las tiendas de menudos y caracoles.

Colocadas en interminable avanzada, las buñoleras, con su gracioso moño partido en dos, sus crujientes batas de percal y sus pañolillos de seda recogidos sobre el bien modelado pecho, avanzan a todo el que por allí pasa, invitándole á que traspase el dintel de aquellos templos de Vesta en cuyos pórticos de muselina blanca se alimenta el fuego sagrado del anafe, que sólo se apagará cuando terminen los tres días clásicos.

De ver son los apuros que suelen sufrir los novios poco espléndidos, los viejos verdes y los maridos recelosos. La lógica de las buñoleras es irresistible, son capaces de secar con una



maldición gitana al que se les resista, y si el caso apremia, ellas, tan salvajes y ariscas de ordinario, suelen dejarse tirar un pellizco en el mollero y sufrir un piropo a boca de jarro, siempre que no lo vea ni lo oiga el *gaché* que las mira con el rabillo del ojo.

— ¡Oiga usted, mi teniente — dicen a un apuesto húsar que lleva del brazo a una *hembra* alta y airosa como un trinquete, tras cuyo abanico entreabierto se adivinan formas de estatua; ¿qué es eso? ¿No quiusté probá mis buñuelos, que saben a gloria?

El militar consulta con ojos gachones a su adorado tormento, y se detiene irresoluto, como si hubiera de tomar una altura al enemigo; la gitana añade por lo bajo, como para decidirle al sacrificio:

— ¡Vamos, mi capitán, es deci, mi comandante; pruebe usted mis buñuelos, que va usted a da más juego en la primera escaramuza que Méndez Núñez en el Callao y Prim en los Castillejos!

Más allá, un yankee de cara mofletuda y sombrero de copa color de tórtola se queda absorto contemplando a una trianera, cuyo

mantón, lleno de rosas y pajarracos de mil colores, brilla a la luz del sol poniente, como un manto Oriental que se ciñe a su ancha cadera. La gitana, que conoce lo que se llama la *aguja de marear*, guiña a la hermosura en cuestión, hace una expresiva seña al *inglés*, sin que se aperciba de ello su grave y espetada pareja, y establece con un solo gesto una triple correspondencia.

¡Vamos adentro, señores! exclama, dirigiéndose a unos y otros; mi casa tiene el cielo raso de faralaes, y todos caben en la mesa.

Cerca de la primer casilla, dos jovencitas, sonrientes, gachonas, luciendo sus trajes de medio paso, sus medias de seda y sus airosas mantillas, esperan algún primo hermano que les abra el corazón y el bolsillo; la gitana que las ve no hace el menor caso de ellas; sabe que se bastan á sí propias, y que al fin y al cabo tomarán chocolate con buñuelos. Un barbián canta en la taberna cercana:

A la mar fui por naranjas,
Cosa que la mar no tiene;
Metí la mano en el agua,
La esperanza nos mantiene.

Por el interior de las buñolerías se pueden ver los grupos más pintorescos y extravagantes. En el centro de las estrechas mesas de pino, cuyos manteles suelen estar limpios en las primeras horas del día, se coloca el plato de loza de Triana que soporta la gran pirámide de esponjados buñuelos.

Manos blancas no ofenden; cada cual de las jóvenes que en torno de la mesa se hallan va metiendo los dedos en el plato y sacando los buñuelos con primor y modo; después toca el turno a los índices y pulgares hombrunos.

Suele acontecer que se abuse de la manzanilla o del cazalla, y lo que empieza por ordenada colación termina en cena orgiástica y ruidosa. A tales alturas, suele ocurrir con el último pedazo de masa frita lo que con la tajada del cuento.

Un novio que devora a su novia con los ojos, y que sin embargo no pierde bocado, nota que va apareciendo entre el azúcar

el pajarraco azul pintado en el fondo vidriado del plato, y se apresura a pescar el último buñuelo. Su buena suerte quiere que, en vez del buñuelo tentador, se halle dentro de la fuente con la mano blanca y menuda de su novia, que iba también tras el *último* abencerraje, y, dicho y hecho; la coge, se la lleva a los labios como si fuese buñuelo azucarado, y le da un sabrosísimo beso.

El papá se enfada, la mamá trina, las demás niñas ponen el grito en el cielo. ¡Se acabó la cena! ¡Pídase la cuenta! ¡Esto pasa de la raya!... Tales son las exclamaciones de los circunstantes, mientras que la novia, confundida, se frota la mano con el mantel, y el novio grita como un desesperado:

— ¡Mozo, mozo, mozo; otra libra de la misma masa!

CABALLITOS Y MUÑECOS.

Tiene la Feria de Sevilla otra fase más sencilla y menos pecaminosa; los juguetes, los teatros mecánicos y los caballitos de madera.

¡Cuántas ilusiones se albergan bajo aquellas tiendas llenas de muñecos, grupos de barro, corceles de cartón y hogares de constructomanía! Cuando un tropel de muchachas y muchachos se agolpa a los mostradores, vense reflejados en cada cual de aquellos



rostros aterciopelados y sonrientes sus más prematuras propensiones.

Una niña de ojos azules y cabellos rubios como el oro quiere llevarse un *bebé* pequeñito, que acostará en una cuna con cortinaje de gasa rosa, que tiene hace tiempo preparada en su chinero; un pequeñuelo de ojos vivos y arqueadas

cojas solicita de sus papás un casco, una lanza y un caballo grande; sueña sin duda en llevar a término las maravillosas empresas que le

cuenta de noche su nodriza y en sojuzgar a los chicuelos del barrio que montan en caballos de caña y llevan sables menos brillantes que los que penden de aquellos muestrarios; una niña ya crecida busca una cama matrimonial para la alcoba de su casa de cartón, y un estrado para que sus muñecos puedan recibir las visitas dignamente; un menestralillo pobre y enteco se contenta con un globo de goma, henchido de aire, cuya movilidad y colores le hacen creer que es poseedor de todo un mundo; por último, una pequeñuela harapienta y lívida como una violeta pugna porque el vendedor de juguetes le ceda por cinco céntimos de peseta, un gatito de pasta, que maúlla oprimiéndole un fuelle, y el cual puede acompañar sus soledades de huérfana hambrienta en las largas y heladas noches del invierno.

El niño grande, es decir, el pueblo, se deleita en otros muchos pasatiempos que el maremágnum del Prado le ofrece. Las colecciones de fieras, las galerías de figuras de cera, los circos y los teatros mecánicos solicitan su atención y le suelen mostrar en limitado espacio alguno de los caprichos y misterios de la existencia.

En las representaciones de polichinelas ve nacer y desarrollarse la grosera pasión, que suela acabar a garrotazos; en los fantoches y figuras de movimiento sorprende el engranaje social y percibe indistintamente el mecánico embaucador, oculto siempre tras los cortinajes bordados de lentejuelas; en los caballitos de madera presiente, acaso, el incesante afán del alma humana y el triste destino del hombre en la tierra, que ora monte en el corcel de la imaginación o en el monstruo alado del deseo, ora cabalgue en el sátiro de la ambición o en el terso desnudo de la sirena de la lascivia, gira y gira inútilmente, sin escapar del eterno radio, sin adelantar un punto, sin rebasar una sola línea de la circunferencia trazada por el misterioso compás que separó la luz de las tinieblas y puso valla a las olas incansables.

Cuando pasan los tres días de feria, el Prado de san Sebastián queda desierto y desmantelado de la noche a la mañana, y se apagan las notas, los rumores y las carcajadas. El feriante que se prepara a correr los mercados de Mairena, Córdoba, Écija, etc., etc., canta mientras lía sus bártulos:

Te he de comprar un caballo
En la feria de Mairena,
Y en Córdoba el aparejo
Y el atajarre de seda.

BENITO MAS Y PRAT

Sevilla, 1886.”

15

Lo anterior fue el primer artículo que, sobre la feria de Sevilla, escribió y publicó nuestro paisano Mas y Prat, dejando una variopinta descripción de todo lo que existía en dicha feria, de la que sabemos, por lo escrito, que tenía una duración de tres días. Dos de las fotografías aportadas (la primera y segunda), son las que ilustran el artículo en la revista al principio citada.

Vendrás otros artículos sobre el mismo tema, pero como lo estoy recopilando poco a poco, serán en su momento oportuno cuando les corresponda darlo a conocer.

Que lo disfrute y ponga usted querido lector en valor a tan ilustre escritor Benito Mas y Prat, que, le recuerdo una vez más, vio la luz de la vida en nuestra Écija del alma.